



**ESCRIBIR DEL  
*RISORGIMENTO* A LA  
DECADENCIA: LA NOVELA  
ENTRE ITALIA Y SICILIA**

Ricardo Gabriel Caputo

## **ESCRIBIR DEL *RISORGIMENTO* A LA DECADENCIA: LA NOVELA ENTRE ITALIA Y SICILIA**

**Resumen:** Este escrito tiene como objeto dar cuenta de las relaciones existentes entre la retórica y la cuestión nacional en la prosa italiana *risorgimentale* y en su negación siciliana *novecentesca*. Se procede al análisis del *magnum opus* de Ippolito Nievo (*Confessioni di un italiano*) para rescatar en él la temática dantesca (§1) y para explicitar el objetivo ideal y prescriptivo de esta pieza de arte (§2). Finalmente, se analizan los elementos comunes pero axiológica y estéticamente opuestos presentes en la novela de Pirandello *I vecchi e i giovani* y en *Il gattopardo* de Giuseppe Tomasi di Lampedusa (§3).

**Palabras clave:** Italia, Sicilia, historia, eternidad, muerte.

---

## **WRITING FROM THE *RISORGIMENTO* TO THE DECADENCE: THE NOVEL BETWEEN ITALY AND SICILY**

**Abstract:** The aim of this paper is to give an account of the relations existing between rhetoric and the quest for a nation in the Italian *risorgimentale* prose and its Sicilian negation in the 20<sup>th</sup> century. We analyze Ippolito Nievo's *magnum opus* (*Confessioni di un italiano*) trying to find out the tradition that comes from Dante (§1) and the ideal and prescriptive scope of this piece of art (§2). Finally, we search the common but nonetheless morally and esthetically opposed elements in Pirandello's *I vecchi e i giovani* and Tomasi di Lampedusa's *Il gattopardo* (§3).

**Keywords:** Italy, Sicily, History, Eternity, Death.

---

**Fecha de recepción:** abril 29 de 2013  
**Fecha de aceptación:** junio 24 de 2013

---

**Ricardo Gabriel Caputo:** argentino. Estudiante avanzado de Filosofía; estudiante de Letras, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

**Correo electrónico:** gabrielkaputt@hotmail.com

## **ESCRIBIR DEL RISORGIMENTO A LA DECADENCIA: LA NOVELA ENTRE ITALIA Y SICILIA**

---

¿Cómo se escribe una vida, en especial si esta es la propia y si se entronca, en mayor o menor grado, con la de toda la humanidad? El texto legado por Carlinio es un intento de respuesta. Al fluir vital hubiera sido más fiel ese conjetural período único (Nievo, 2008, p. 87) que el amigo escribano cede a vanguardias por venir, pero cuya negligencia permite tomar aisladamente partes de esa división a la que fue sometida el todo. Lo permite, pero ¿qué resultaría de ello? Es decir, ¿cómo se lee una vida? ¿Es lícito hacerlo cuando aceptamos esa opinión de un médico de almas y de cuerpos según la cual “hay algo en nosotros que escapa al examen del anatomista y que pertenece a una razón superior” (Nievo, 2008, p. 954), inasequible a la nuestra? Incluso cuando aquella no existiera, el análisis e interpretación solo penetraría en la letra, no en los sentimientos. Quizá, no obstante, no se requiera nada más, o algo más sería, para los receptores de ese testimonio que es *Confesiones de un italiano*, nada relevante, toda vez que la letra es el único contacto que tenemos con quien la estampara y un elemento más interesante por la capacidad de anular, profundizando en su naturaleza, su carácter “meramente” ficcional (la visión concéntrica del cosmos que Carlinio adopta de Lucilio, Goethe y Dante se verifica *aquí*: hay efectos en cada apertura del volumen; el ideario —político, educativo, moral— puede activarse con cada lector, un círculo más en la onda expansiva que produjo el impacto del libro en el mar del ser), pero también porque su mediatez impide la confianza plena (“a menudo se escribe lo que no se siente”), (891), con lo que la ficción se rehabilita como ficción de la ficción (y de la verdad). De esta manera, la paradoja del mentiroso se yergue sobre el Proemio (simplicidad de sentimientos y claridad de ideas, seguramente; verdad de la historia: puede que no). Por ende, sobre toda la obra.

Como sea, parece razonable, dada su estructura y por motivos que (esperamos) resulten claros al final del escrito, ocuparse de su capítulo XX y relevar en él la temática dantesca y la configuración de Pisana (§1), así como la pedagogía

ejemplarista y la cuestión nacional (§2). Si es cierto, como cree Carlino, que un alma anima la Humanidad, será lícito rastrear en otros textos la continuidad de lo sostenido por las *Confesiones*, como si de un único y contradictorio autor se tratara (§3). “Basta una pequeña ventana abierta para iluminar todo un cuadro” (870): idea que, verdadera o no, es reductiva tanto del espectro cromático como de lo que la tonalidad revela. Nuevas obras-ventanas podrían dejar ver lo que un exceso de luz ocultó. El caso italiano, tan sensible, en virtud de una unidad nacional duramente ganada y siempre frágil, a la articulación entre política y estética (es decir, tan inmerso en la retórica), nos exige el claroscuro. Y aun el tenebrismo.

De allí que debamos continuar idealmente, es decir, en la literatura, la descendencia parricida de la novela que un joven Nievo (garibaldino, comprometido con la unificación tanto en lo ideológico como en lo discursivo y en la acción) quería y suponía de muy diversa índole (séanos permitido usar una palabra absoluta y muy pertinentemente, *nieviana*). Por eso no sorprende que la continuidad sea revisionista y que se dé en Sicilia con los cuestionamientos a la situación postunitaria, desfavorable para el Sur, que Luigi Pirandello emprende en su novela de 1909, *I vecchi e i giovani*. El anacronismo, la vuelta a la isla y al *Risorgimento* a mediados de los años cincuenta del siglo pasado, la repetición y el *risorgimento* de los mismos dramas y las mismas soluciones fallidas, el gatopardismo en su más clara acepción, muestran de la mano del anciano y escéptico Giuseppe Tomasi di Lampedusa que todo “entonces” no es sino un “ahora”, y viceversa, que el progreso no es más que un avance en la decadencia, y que la geografía puede esterilizar a la historia. O que el tiempo sucumbe ante el espacio.

§1. No en el medio *sjuzet* sino en el de la *fable* es donde se coloca el capítulo XX de *Confesiones*, y su centralidad, además de vital, es también conceptual en tanto proporciona las claves de lectura y aun la justificación del texto. Sin los acontecimientos allí narrados, quien más tarde sería el escritor podría haber dejado diluir las convicciones que lo llevaron a tomar la pluma, a constituirse como autor; sin ellos, acaso hubiera destruido el camino de su vida en lo que fue su *mezzo*.

Las alusiones son más que eso: convencido de la existencia de una cadena espiritual que lo tiene como eslabón entre pasado y presente, Carlino (el octogenario que rememora su vida, situado a fines de la década del cincuenta del siglo XIX, creaciones —el texto y el personaje— de un contemporáneo pero jovencísimo Ippolito Nievo —apenas frisaba los treinta—, para que una nación en ciernes rememore en un fresco narrativo ochenta años de historia cercana y, sobre todo, para que proyecte su futuro una vez lograda la tan ansiada unidad) profesa una religión por Dante, cuyo ideario, actualizado al siglo de los trenes, el vapor y los telégrafos desea retomar y proyectar. “Más que los versos, más que la poesía,

amaba yo el alma y el corazón del autor. En cuanto a sus pasiones, eran grandes, fuertes, intelectuales” (Nievo, 2008, p. 474). Pero no hay dantismo sin Mujer que purgue y dirija esas pasiones. Y la única Mujer es la italiana, nadie como ella inspira y difunde el amor (772). Ahora bien, este vocablo es el único género para un conjunto variado de impulsos. Habrá, entonces, una polisemia constitutiva que hace necesaria la glosa (168). Pisana, por caso, muestra en la variación de sus relaciones con Carlino la ambigüedad del término que las designa, y su *addio* es también el inicio de una nueva experiencia amorosa. Para Carlo, no para la literatura italiana. De allí lo inverosímil de asertos como el siguiente:

*Le confessioni di un italiano* es la novela con la cual la *donna angelicata* desaparece de la literatura italiana. [Pisana] es una mujer que ya no tiene una función y que ya no representa conceptos morales, ni por sí misma ni en contraste con alguien más. Vive completamente a través de sus propias emociones y sus propios impulsos (Iliescu, 1960, p. 281; la traducción es nuestra).

En el mismo sentido se orienta el *Ippolito Nievo* de Mollia. Marcella Gorra da por supuesta la cuestión en el capítulo “La donna in Nievo” de su *Nievo fra noi*. Nos decepciona Flora: “Si Clara parece a veces fijarse en los cielos del *stil novo*, Pisana es la mujer enteramente terrestre, voluble, atormentada”; las suyas serían “*vie profane*” (Flora, 1953, p. 317; la traducción es nuestra). Ninguno de estos críticos parece inmune a una lamentable ceguera ante la religión (civil) que motiva y moviliza la obra. Ciertamente, Pisana desconoce la configuración monolítica de la Lucía manzoniana, pero su muerte instaura un proceso simbolizador y sublimador cuyo efecto más patente es el texto que Carlino nos deja. No busquemos en ella las Matildes de Stendhal. Esta preocupación parece haber fundado un linaje crítico o una opción de lectura que persiste en las más frescas investigaciones de nóveles italianistas: Nievo sería un “escritor del futuro” (Febo, 2013, p. 141), creador, mediante Pisana, de un modelo “absolutamente nuevo” de mujer (65), la “mujer del futuro, anticonformista y siempre en evolución”, “que no se adecúa a ningún estereotipo”, “que está a la par del hombre” y cuyo coraje y cuya pasión “han alterado el ideal de mujer *ottocentesca*” (96, 140-141; todas las traducciones de Febo, 2013, nos pertenecen). Pero ocurre que incluso en el nivel sintagmático las afirmaciones citadas de Iliescu, Flora y sus continuadores son insostenibles. “*Pisana era il mio buon angelo*” (Nievo, 1952, p. 737); su sacrificio por Carlino Altoviti es una muestra de una potencia virgen de la naturaleza que lleva a un alma “*alla sublimità del miracolo*” (758). Todo el sistema dantesco de auxilios sobrevuela estas páginas, hay un retorno a la luz de la visión natural y espiritual que lleva a este nuevo *smarrito* a rectificar el juicio, a ver con claridad. ¿Y no sería Lucilio el eco decimonónico de Virgilo —la Razón: “sea razonable” es la orden constante del médico— allí donde Pisana lo es de Beatriz —la Fe—? Carlino es otro peregrino que pierde el rumbo: “*Quella ciocca di capelli restò l’A del mio alfabeto, il primo*

*mistero della mia Via Crucis* [Ese mechón de cabello quedó como la A de mi alfabeto, el primer misterio de mi Vía Crucis]" (116; traducción nuestra).

Los ecos de la tradición stilnovista y dantesca son patentes: "*Quanto la trovai cambiata!... Pallida, trasparente [...] Era una creatura sovrumana. Non mostrava alcuna età, [era] più vicina al cielo che alla terra*"; en nuestra traducción: "¡La encontré tan cambiada!... Pálida, transparente [...] Era una criatura sobrehumana. No aparentaba ninguna edad, [estaba] más próxima al cielo que a la tierra". De hecho, su metamorfosis ("*sublime purificazione [...] misterioso travestimento degli esseri*", 779) adopta una estetización bien definida (y definitiva), en absoluto ingenua: "*profilata nelle sembianze como una madonna addolorata di frate Angelico*" (764). La mujer viva es enfermera (Nievo, 2008, pp. 854, 471, 1000). Aunque también puede ser esposa y matrona, como Aquilina, a quien Carlino no ama y con quien mantendrá tantos conflictos (políticos principalmente y, por tanto, educativos, morales y religiosos). Por eso, la buena mujer es la mujer muerta, que, ideal en toda la gama semántica de la palabra, se presta al proceso de sublimación. "*Un sorriso celestiale irradiava le sue sembianze*" (Nievo, 1952, p. 778); "*Vedi tu questo sorriso di beatitudine [...] quegli occhi divini [...]*" (776). ¿Qué perdura de la terrenalidad innata (la naturaleza "material") e infusa (las costras de la educación) que confunde a Iliescu, a Flora y a los intérpretes actuales? "*Vidi la sua parte più pura sorgere a galla, e risplendere d'una luce sempre più tersa e tranquilla, e scomparire affatto que' profani sentimenti che l'avevano per qualche istante appannata: vidi quanto aveva potuto un affetto solo, contro un'educazione falsa e perversa [...] [e] la morte avvicinarsi bella amica sorridente*"; traducimos: "Vi su parte más pura emerger a la superficie y resplandecer con una luz cada vez más pura y tranquila, y desaparecer en su totalidad esos sentimientos profanos que la habían oscurecido por algunos instantes: vi cuánto había podido un solo afecto contra una educación falsa y perversa, [...] [y] a la muerte, que, bella amiga sonriente, se aproximaba" (778). No hay novedad aquí, pero sí mucho de contradicción. O de arrogancia. Carlino no necesitaba leer el *Antiafrodisíaco para el amor platónico*, que en 1851 quizá llegaba demasiado tarde.

¡Aprended, amigos míos (y perdonad si introduzco la moraleja antes de acabar la fábula), aprended cuando tengáis una amante a segregarla con una gruesa muralla de vuestra imaginación, y a pesarla automáticamente en esa balanza veraz y sincera que se llama Razón! Escarmentad a mis expensas porque [...] yo dejé trabajar a la fantasía. [¿O bien *Confesiones* es (también) una catarsis? ¿La exhortación nacionalista como purgante del erotismo? ¿El Estado, un capricho?]: Ahora comprendo que [...] mi amor se había convertido en un mero ejercicio literario [...] cuando veía a la Morosina no sentía ni la mitad del placer que al escribirle [...] ahora, cuando vierto en el papel algún capricho de los míos, siento en mi interior esa satisfacción del amor propio que entonces tomaba por un sentimiento amoroso" (Nievo, 1995, pp. 120-121, 140).

Hubiera bastado con leerse a sí mismo. “De ahí el abuso de esa terrible palabra *siempre* que se emplea con tanta ligereza en las conversaciones y en las promesas de amor” (Nievo, 2008, p. 193, cursivas en el original). “La he amado siempre” (944). “Me seguirás amando; sí, me amarás siempre, y mi recuerdo, santificado por la muerte” (964). “El honor de la patria que hemos amado juntos, y que siempre amaremos” (966). “Oh, estás aún conmigo, estarás siempre” (1100). Pero también:

Nadie se atrevería a equipararse con Dante en lo elevado del pensamiento, todos en lo elevado del amor. Pero el amor de Dante fue también más raro que su genio; y locos son los hombres que lo consideran al alcance de todo el mundo [...]. Mejor darse golpes de pecho y sonrojarse que levantar la mano para prestar imprudentes juramentos [...]. El amor mezclado de piedad, de desconfianza, de recuerdos y de desprecio se convierte en un martirio. Es inútil intentarlo. El cielo no se alcanza con superlativos (pp. 193-194).

Y, sin embargo: “Volveremos a vernos, estaremos mil veces más unidos y contentos de lo que estuvimos nunca, para toda la eternidad”; para “saborear en este mundo los goces inefables del otro” (967). “Júrame cuanto te he pedido [...]. Todo lo podrás, ¡si todavía me quieres! Júrame que vivirás por el bien de la familia [...], el honor de la patria [...]” (966). Así Pisana. Y así Carlino: “¡Lo juro! [...] ¡lo juro!” (966). Y he aquí el resultado textual y metatextual: la filiación con Dante para la producción estética y la voluntad narrativa y autoral (del narrador que es escritor y de Nievo) de incorporarse al hábito italiano de la búsqueda de unidad nacional sobre la base de la unidad en la tradición literaria.

Su amor se había hecho uno con mi alma [...], su luz no se oscurecería nunca más en mi corazón [...]. Sonríes aún a mi mente nebulosa y decrepita, oh alma pura, desde ese alto y profundo cielo en el que por la íntima fuerza de su sublimidad se refugió tu voz, y señálame con un rayo de esperanza la senda por la que puedo llegar hasta ti (pp. 968, 970).

“Un fulgor de luz de tu mente purificada deja una larga estela en el aire como para señalar [*disegnarmi*] el camino” (Nievo, 2008, p. 1100; Nievo, 1952, p. 883). Exceso de confianza, olvido, mentira o coraje. Como quiera que sea, acabamos de dar con el motor de *Confesiones*: la confesión, a manos del amor-fe, del amor-pasión, y la adaptación del proyecto dantesco a la lucha decimonónica por la existencia. Veamos sus implicancias, y qué supone para Pisana poner a su amante en el camino de la felicidad (Nievo, 2008, p. 883).

§2. “Si las olas se pusieran a reflexionar, creerían que avanzan, que tiene una meta, que progresan, que obran en bien del Mar, y no se privarían de elaborar una filosofía tan necia como su celo” (Cioran, 2005, p. 140). Es para no perder de vista su ficcionalidad que desmontamos con este símil brutal de sentido

inverso la maquinaria analógica y comparativa de Pisana, Lucilio y Carlino. La primera, en especial, tiene la pasión de los tipos (Nievo, 2008, p. 801): muriendo, educa por el ejemplo, pero este ejemplo último es el de la ejemplaridad misma, la solidificación en Carlino de la dinámica de la subsunción del caso particular (“*i casi miei*”). Carlino acaba de conformar su ser cuando se vuelve formador, manipulador consciente de lo que Lucilio llama “terrible responsabilidad del ejemplo”, actividad esta cuyo último testimonio es la obra que nos ocupa. “¡El mérito corresponde sólo a ti! ¡A ti que me rogaste que me quedara, perpetuara y renovara en mí y en los demás el ejemplo de tu vida magnánima!” (970). Con el razonable Lucilio, Carlino evalúa certezas, probabilidades. Con Pisana, los mismos contenidos devienen Fe: “para amarla debería, si no igualar, al menos imitar su grandeza y sacrificarme por los demás igual que [*come*] ella se había sacrificado por mí. Pensé que no son mentiras esas sagradas palabras como familia y patria que, al salir de sus labios, adquirirían una autoridad religiosa y casi profética” (968). El influjo que de ella recibe Carlino es una obra poética, pero en la acción. “Tenía más confianza en [la teoría del buen ejemplo] que en los libros” (935) ¿Para qué escribir, pues? En el juego de proporciones y analogías reversibles que se nos propone, la memoria es semejante a un libro tanto como este a aquella, facultad simbolizadora por antonomasia, enlace del instante con la eternidad. La acción de Pisana puede magnificarse y convertirse en poesía viva, en Historia. “¡Vive porque tu vida será digna de ser imitada por los que vengan después!” (965). Esto es socavar la concepción manzoniana (“sueño de desesperados o ilusión de mujerucas” que quieren la “*pappa fatta*”: el objetivo sin el esfuerzo), más tradicional, de la Providencia. “No todo el mundo sabe que la providencia madura sus designios [*disegni*] a través de nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestras obras” (Nievo, 2008, p. 116; Nievo, 1952, p. 83), y Manzoni es la prueba acabada de ello, razón por la cual hay que escribir y difundir las *Confesiones*. Será una novela histórica menos por lo que tiene de pasado (“*lo nacqui veneziano*”) que por aquello a lo que aspira: a hacer historia. Su mira es el futuro (“*e morirò italiano [...]. Il pensiero [...] si slancia ancora una volta nel futuro degli uomini; ed a essi lega fidente*”, Nievo, 1952, pp. 3, 6; que traducimos: “y moriré italiano [...]. El pensamiento se lanza una vez más en el futuro de los hombres, y a ellos lega, confiado”).

La doctrina de los mundos concéntricos de Lucilio suelda el enlace de lo individual con lo general, y el texto pasa a ser un eslabón de una cadena pedagógica y de acción con posibilidades de permear las fronteras de lo ficticio. Se *squaderna* por el universo (*Divina Commedia, Paradiso, XXXIII, l. 87*). La filosofía de la ola, expuesta por el padre de Carlino: “Un hombre es un animal muy débil, un futuro hermano de la nada [...] [*un futuro Parente del nulla, ma non è nulla!*] ¡Mientras no sea nada puede ser el primer eslabón de una cadena de la que dependa todo!” (Nievo, 2008, p. 611; Nievo, 1952, p. 482). El memorial al servicio de la historia pragmáticamente entendida, como maestra de vida; los lectores, hermeneutas de los jeroglíficos que son los objetos, las actividades y las pasiones leídas; las

oraciones hacen aquí las veces de actos ostensivos (Nievo, 2008, p. 157). A este gesto, con la coherencia de un programa, responde el proemio: *“la pace dell’ animo [...] questa io addito [additare: señalar, especialmente con il dito o dedo] ai miei fratelli più giovani”* (Nievo, 1952, p. 5). La infancia y la juventud son una preocupación constante de Carlino, sea en su propia persona, sea en la de los demás, desde sus hijos al universo. Tal es el imperativo mimético-pedagógico: educar, dar ejemplo, señalar, indicar lo recto y lo vicioso, distinguir el bien del mal; alcanzar, en suma, los aspectos receptivos de la índole de los lectores para contrarrestar la herrumbre nociva de las malas influencias, antes de que el carácter cuaje por completo.

Y en ese estadio peligrosa y oportunamente juvenil se halla Italia:

iQué hermosa, qué grande eres, oh patria mía, en cada una de tus partes!  
[...] Dondequiera, espíritu y gloria, en las eternas páginas de la Historia [...] sólo tú no morirás jamás. Tal vez se encontraba entonces Italia en los inicios de su tercera vida, inicios ignorantes y convulsos como los primeros pasos de un niño (Nievo, 2008, p. 733).

Macrosujeto y símbolo al que Carlino quiere incorporarse y subsumirse desde el primer párrafo y a cuya formación (en el sentido pedagógico y, por ende, creativo del término) quiere contribuir. Este ya balbuceó su *“io”*, aquel debe todavía hacerlo. Este sabe y sufre que (parafraseando el lema heracliteano con que Auerbach encabeza su *Dante*) en la índole está el destino; por eso se afana en legar y sembrar sus experiencias. Su historia. Y queda sin definir, indecidible entre la verdad y la ficción, su estatuto ficcional, a la espera de las acciones de los lectores, el futuro y la juventud. Carlino expone en su poética la retórica de una nación (en genitivo objetivo y subjetivo):

*ma pur mi lusingo [me ilusiono; deseo creer] che pel futuro anche chi scrive si ricorderà di esser solito a parlare, e che lo scopo del parlare è appunto quello di farsi intendere. Farsi intendere da molti oh non è forse meglio che farsi intendere da pochi? [...] Scrivendo, pensate che molti vi abbiano a leggere. E così allora si vedrà la nostra letteratura porger maggior aiuto che non abbia dato finora al rinnovamento nazionale* (Nievo, 1952, p. 369; destacado nuestro).

[...] espero que, en un futuro, quien escriba recuerde que lo habitual es hablar y que la finalidad de todo lector es hacerse entender. ¿Acaso hacerse entender por la mayoría no es mil veces mejor que hacerse entender por unos pocos? [...] Al escribir, pensad que serán muchos quienes os leerán. Y así veremos a nuestra literatura echar una mano como no lo ha hecho nunca a la renovación nacional (Nievo, 2008, p. 475).

Poesía real: la acción. Lo que gustaba a Carlino de Dante es lo que ve Lucilio en Pisana. Debemos a esa *poiesis* la lectura de las *Confessioni*: el Carlino renovado (*“D’allora in poi la mia indole assunse una gravità e una fermezza non mai avuta dapprima; e l’educazione ch’io diedi a’miei figliuoli s’inspirò tutta da quei magnanimi*

*esempi di virtù e di costanza*", Nievo, 1952, p. 781. "A partir de entonces, mi índole [Monreal elige erróneamente "carácter", y, a veces, "temperamento"] asumió una gravedad y una firmeza que nunca había tenido antes; y la educación que di a mis hijos se inspiró totalmente en esos ejemplos magnánimos de virtud y de perseverancia", Nievo, 2008, p. 973) es el que se aferra a las convicciones que anotaría en el Proemio y el que redacta, luego de recorrer el segundo *mezzo*, el libro que tenemos ante nuestros ojos. Negar la funcionalidad idealizada e idealizadora de Pisana es negar la condición de posibilidad de un documento (-ficción) educativo que apunta, *additando* un minúsculo fragmento, a la mejora moral del género y al (re)surgimiento como nación de otro de sus fragmentos. *Confesiones* es una confesión pero también el cumplimiento de una promesa, la reafirmación de un juramento. Como Dante en el tránsito de *Vita Nuova* a la *Commedia*.

§3. Texto plurívoco o coral en la enunciación (los múltiples Carlino y el viejo ante todo; pero también en las citas de cartas, diarios y disposiciones legales; la evocación y plasmación directa de discursos), *Confesiones* lo es asimismo en la recepción (abrir el texto de un *lo* —y en particular el de Carlino, que se piensa uno con el mundo: todo se compendia en el primer párrafo—), es abrir a este a los *Voi* que —se pretende— configurarán un *Noi*: Pisana, los italianos presentes y porvenir, la Humanidad. En este tránsito pronominal, el microsujeto alcanzará su pleno significado y justificará su existencia. *Confesiones de un italiano* de Ippolito Nievo pretende de manera explícita terminar con la demora de la península a la hora de liberarse de las ataduras extranjeras y darse un Estado, y ello tanto en la dinámica ficcional como también, y sobre todo, en la metaficcional. El esquema de la confesión, en efecto, supone para el narrador Carlino y para el autor Nievo, en virtud de la influencia de las cosmologías —emparentadas con mayor o menor arbitrariedad— de Dante y Goethe, de la filosofía idealista de la historia y de la pedagogía rousseauiana, la capacidad de transitar desde la instancia particular a la recepción universal, de mostrar la historia de un individuo como aspecto parcial de un proceso que, por mor de la fuerza perlocucionaria de la novela, integre la metonimia que es en la Historia (o, mejor, que por dicha integración la convierta en metonimia de un todo y no en un mero balbuceo rapsódico). La poética quiere, en la ficción y fuera de ella, hacerse acción y forjar la Providencia. *Confesiones* es una novela histórica, pero con la perspectiva de un individuo (lo cual implica la renuncia al modelo manzoniano de omnisciencia, vigente al momento de composición) cuyas ansias unificadoras legan un texto fuertemente prescriptivo que articula todos los horizontes temporales (lo cual implica la renuncia al modelo manzoniano de quietismo).

Que el capítulo XX se inicie con sicilianos es un hecho que nos permite recorrer el cuadro haciendo foco en el modo en que la literatura debate con (¿y refuta a?) la literatura. Apostar a las consecuencias, juzgar por los efectos, conocer por los frutos es exponerse a la evaluación de los sucesivos. No es una injusticia ni un

anacronismo de quien analiza, es un pedido consciente del exveneciano en el Proemio, del protoitaliano en el decurso de la obra:

*La gente d'allora non è quella d' adesso: guardatela e fatevene specchio d' imitazione nel poco bene, e di correzione nel molto male. Io, superstite di quella nidiata [otro vocablo, junto con "fungaia" y, más comúnmente, "generazione", para evocar los colectivos y su progresión], ho il diritto di parlar chiaro [y el deber, según el criterio compositivo y evaluativo que expusimos pocas líneas atrás]: voi avrete quello di **giudicare noi e voi** (Nievo, 1952, p. 168; el destacado es nuestro).*

—La gente de aquel entonces no es la de ahora: miradla y que os sirva de espejo a la hora de imitar lo poco de bueno y de corrección en lo mucho de malo. Yo, superviviente de esa hornada, tengo derecho a hablar claro: vosotros tenéis el de juzgarnos a nosotros y a vosotros una vez que haya yo hablado (Nievo, 2008, p. 224)—.

La prosopopeya carliniana se inscribe en una mimesis axiológica: la literatura quiere que su moraleja sea también moral. El Proemio, nuevamente: "*Ecco la morale della mia vita*". La imbricación de esta con su contrario, tanto en lo micro como en lo macro, es una constatación que ni Lucilio-médico ni Lucilio-filósofo dejarían de admitir, y únicamente un dantesco acto de fe permite a Carlino creer en el triunfo progresivo de lo que se expande por sobre lo que se contrae. De hecho, dos grandes nombres de la literatura tuvieron la convicción opuesta, y compusieron con ella para mostrar que, en la sociedad moderna, no solo *no* "pierden la caricatura y la novela, pero gana la historia" (1098), sino que acaso reste apenas la segunda para mostrar cuánto de la primera tiene la tercera. "*Voi vedesti come io trovai i vecchi ed i giovani nella mia puerizia, e come li lascio ora*" (Nievo, 1952, p. 881). Carlino, viejo cuando los viejos de *Viejos y jóvenes* eran jóvenes, como Nievo, o proyectos de ellos, y arropado en las ilusiones de la unificación, como Nievo, no pudo asistir a los efectos que las enjuiciarían y a la condena de la mimesis.

Imitar, siempre. "¡Oh, italianos", había gritado [...] Guerrazzi, "monos y no hombres!". Una vez ahogadas, bajo las llamadas razones de Estado, las energías más generosas, la nación se había construido a base de transacciones y compromisos, a base de incidencias y coincidencias. Un único fuego, una única llama tendría que haber recorrido Italia de punta a punta para fundir y soldar sus distintos miembros en un cuerpo vivo. La fusión había fallado [...]; si la llama se había dejado apagar, acaso no era señal [*segno*] de que no poseía en su interior la fuerza y el calor que hubiera debido tener. [...] ¿No se había podido construir Italia de otra manera? Señal [*segno*] de que los acontecimientos no estaban todavía bien maduros (Pirandello, 2006, pp. 329-330; Pirandello, 1918, vol. II, pp. 48-49).

La muerte vuelve a ser la solución en el plano de las ideas cuando en la existencia la continuidad solo es expresión del vaciamiento progresivo de las personas en personajes y cuando el niño que Carlino supone es Italia porta males congénitos según Pirandello. De haber(se) sobrevivido, Carlino (¿y Nievo?) habrían sido sendas máscaras, de acuerdo con las reflexiones del joven Lando Laurentano. El flujo y reflujo cósmico no despierta tanta admiración cuando hay que enfrentar las escorias de la resaca. Si acertado en lo determinístico, el idealismo historicista no lo está en lo valorativo.

Edad estéril, forzosamente, la suya, como todas las que siguen a épocas de pujanza extraordinaria [*straordinario rigoglio*]. Había que asistir tristes y ociosos [*inerti*] al espectáculo de los que habían echado una mano para realizar la obra y ahora querían estar solos para organizarla [...] con sonrisa senil de suficiencia, en la satisfacción del trabajo ya terminado, del que no querían ni ver los defectos, ni que los vieran los demás [...] ¡Qué suerte tan desdichada la del héroe que no muere y es superviviente de sí mismo! En realidad el héroe muere siempre, con el momento; es el hombre el que sobrevive y lo lleva mal (Pirandello, 2006, p. 328; Pirandello, 1918, volumen II, p. 47).

Se nos objetará que, de los “Voi”, hemos elegido un personaje demasiado joven, perdido en un medio extraño (¡Roma!). Veamos al maduro Sciaralla, apenas salido de la torre de marfil que Don Ippolito defiende tercamente a cuarenta años del desembarco de Garibaldi:

La desidia [*accidia*], tanto para obrar bien como para obrar mal [escéptica indiferencia hacia la invitación de Carlino a un proyecto colectivo], tenía raíces [*era radicata*] en la más profunda desconfianza hacia el futuro [*sorte*], en el concepto de que nada podía suceder [*avvenire*], que sería en vano todo esfuerzo para sacudir el desolado abandono en el que yacían no sólo los ánimos, sino todas las cosas” (Pirandello, 2006, p. 50; Pirandello, 1918, volumen I, p. 10).

Natural y consecuente desprecio borbónico y siciliano, tan parecido al final desengañado de la centenaria y siempre vieja Condesa. ¿Qué opina el ala política opuesta de la persona a quien los rumores y Aquilina clasifican de “jacobino incorregible” (Nievo, 2008, p. 1038)? Tampoco aquí es efectivo el ejemplo. La izquierda replica a Carlino (y al elitismo ilustrado del Nievo del *Frammento sulla rivoluzione nazionale*): “Ya ha entendido demasiadas cosas el Pueblo [...], y la primera de todas, ésta: que tus *patriotas* lo engañaron [...] ¡Los que lo empujaron a llevar a cabo la revolución del Sesenta, prometiéndole la edad de oro! [...] En virtud de su propia fuerza, no por concesión de otros, él mismo puede, si quiere, mejorar sus condiciones” (Pirandello, 2006, p. 63; Pirandello, 1918, volumen I, p. 25, cursivas en el original). También habrá una contrafigura filosófica para el espiritualismo activista de Lucilio y Carlino en quien tiene la edad de sus hijos y otra idea de la naturaleza, que ya no despierta entusiasmos ni ideales (Nievo, 2008, p. 140) sino que sugiere las bondades del torpor.

“Es sabiduría canina” pensó [Don Cosmo, retomando el buen sentido —¿pero los hay malos?— del vocablo “cinismo”], “después de haber comido y atendido a las demás necesidades del cuerpo, dejar pasar el tiempo durmiendo”. Miró hacia los árboles que había delante de la villa: también le parecieron absortos en un sueño interminable, del que en balde [*invano*] la luz del día, en balde [*invano*] el aire revolviendo sus ramas tratarían de agitarlos. Ya desde hacía algún tiempo [...] sentía, como desde una infinita lejanía, la vanidad [*vanità*] de todo y el tedio angustioso de la vida” (Pirandello, 2006, p. 79; Pirandello, 1918, volumen I, p. 44: “*Nel regno dell’orco*”).

Aun cuando la superficie se agite, el gatopardismo sostendrá que todo ha permanecido inmóvil. La Tricolor, una desagradable geometría copiada de los franceses, al decir del Príncipe Fabrizio en 1860. “¿Y ahora qué sucederá? ¡Bah! Tratativas punteadas de tiroteos inocuos, y, después, todo será igual pese a que todo habrá cambiado” (Tomasi di Lampedusa, 2004, p. 47). No hay horizonte temporal que resista la crítica o movilice sentimientos esperanzadores. Al futuro, al deseo de perpetuación, al amor del organista de Cordovado, a este mismo se les dice: “Se creían eternos: una bomba fabricada en Pittsburg, Penn., en 1943 les probaría lo contrario” (257). La perspectiva que abre la Historia a través de América no sería halagüeña. Tampoco la de los prójimos más o menos cercanos. Piedad, no esperanza o alegría por la continuidad del ser mediante una misión, es lo que nos inspiran. La inversión de los valores nievianos es total en pasajes como este:

Su disgusto cedía lugar a la compasión por todos estos efímeros seres que buscaban disfrutar el exiguo rayo de luz concedido a ellos entre dos tinieblas, antes de la cuna, después de los últimos estertores. ¿Cómo era posible ensañarse contra quien, se está seguro, deberá morir? [...] No era lícito odiar otra cosa que la eternidad (pp. 258-259).

¿Qué hay del pasado? La memoria, nexa del instante con la eternidad, de lo particular con lo universal (cabe explicitarlo: la doctrina de los mundos concéntricos es constante en *Confesiones*), mueve a Carlino a escribir un testimonio enorme. El balance del Príncipe, momentos antes de morir en julio de 1883, en cambio, es tan breve como lo que de positivo puede obtener de él:

Hacía el balance general de su vida, quería extraer de la inmensa montaña de cenizas del pasivo las diminutas pepitas de oro de los momentos felices [...]. “Tengo setenta y tres años, en realidad habré vivido, verdaderamente vivido, un total de dos... tres como mucho”. Y los dolores, los aburrimientos [*la noia*], ¿cuántos habían sido? Inútil esforzarse a contar: todo el resto: setenta años (Tomasi di Lampedusa, 2004, pp. 286, 289; Tomasi di Lampedusa, 1967, p. 169).

He ahí, por fin, aunque mínima, la oración (y, por tanto, la vida) de período único. La visión del todo que llega con la vejez (Nievo, 2008, p. 1010): todo es nada.

Tampoco los disparadores y reaseguros de aquella facultad, los talismanes, correrán mejor suerte. Mortara ve profanado y ridiculizado el santuario construido sobre ignorancias, y él mismo pisotea sus medallas italianas. Los mechones de cabello de Pisana con los que, al concluir el capítulo XX, Carlino simboliza la trayectoria vital (el exiguo rayo de luz, según Lampedusa) de su amada, podrían haber seguido, en un contexto siciliano, la trayectoria de Bendicó agusanado al basurero, y con ellos, su museo siempre en construcción, el sagrario doméstico de la memoria (pp. 156, 158).

*Oh come mai avrà a finire in nulla un tesoro di affetti e di pensieri che sempre s'accumula e cresce?... L'intelligenza è un mare di cui noi siamo i rivoli e i fiumi. Oceano senza fondo e senza confine della divinità io affido senza paura ai tuoi memori flutti questa mia vita ormai stanca di correre. Il tempo non è tempo ma eternità, per chi si sente immortale* (Nievo, 1952, p. 438).

¡Oh, cómo acabará en nada un tesoro de afectos y de pensamientos [que siempre se acumula y crece]! [La inteligencia es un mar del que nosotros somos arroyos y ríos]. Océano sin fondo y sin límites de la divinidad, confío sin temor a tus [memoriosas] olas mi vida ya fatigada de su andadura [o, para continuar con la metáfora?: “de su fluir”]. El tiempo no es tiempo, sino eternidad, para quien se siente inmortal (Nievo, 2008, p. 557).

Las ruinas de Fratta no desactivan los conatos de eternidad de Carlino. Nada y polvo: el destino final del mundo descartable (el adjetivo es pleonástico) de Concetta, vieja en 1910. “No experimentaba absolutamente ninguna sensación. Le parecía estar viviendo en un mundo conocido pero extraño, que ya había cedido todos los impulsos que podía dar [en cambio Nievo, 2008, pp. 1062-1063, o bien p. 874: recordados, pasados a la eternidad (“el tiempo que no diferencia tiempos”), los pasados —sucesos, lugares, personas, tiempos— *siempre* están en Nievo, la memoria vivifica lo memorizado y al memorioso (“Volvía a ver... reconocí... oía sus voces... con qué religiosa tristeza me acercaba a esa memoria”) y “el presente es dulce para todos”), y que consistía sólo en puras formas [...]. Continuó sin sentir nada: el vacío interior era total [...]. Todo encontró paz en un montoncito de polvo lívido” (Tomasi di Lampedusa, 2004, pp. 316-317), no donde cree hallarla Carlino (Proemio). Por cierto, el Príncipe también se halla en el mar del ser, pero con ligeras diferencias: “Estaba solo, un náufrago a la deriva en una balsa a merced de las corrientes indomables” (283).

Si Carlino no hubiera saboteado la veracidad de su memorial (según sostuvimos al iniciar este escrito), la isla estaría allí para alertarnos. “Yo escribo para decir la verdad, y no para deleitar a la gente con fantasías puramente poéticas” (Nievo, 2008, p. 69). La réplica siciliana al autoanálisis de un continental y a sus deseos de propagación y salud homeopática:

¿Era ésta la verdad? En ningún lugar como en Sicilia la verdad tiene una vida más breve: el hecho sucedió hace cinco minutos y ya su genuina esencia ha desaparecido, camuflada [...] aniquilada por la fantasía y los intereses [...] todas las pasiones, las buenas y las malas, se precipitan sobre el hecho y lo hacen pedazos; en poco tiempo desaparece. ¡Y la infeliz Concetta quería [al igual que el feliz Carlino] encontrar la verdad de los sentimientos no expresados sino solamente entrevistos medio siglo atrás! La verdad no existía más. Su precariedad había sido sustituida por la irrefutabilidad de la pena (Tomasi di Lampedusa, 2004, pp. 311-312).

Carlino tenía abierta (y Nievo con él), a partir del carácter siempre posiblemente apócrifo, nunca certeramente verídico de los fetiches, la exploración de los blancos, la narración de lo inasible del pasado y de la trivialidad de la historia (la personal y la narrada). No se resistió la tentación de recorrer ("*riandare*": palabra clave de la acción confesional) el camino de la presencia de la cosa a la plenitud de lo evocado. Pocos son los olvidos (hoy, en "tiempos" tan "posmodernos" —este adjetivo anula aquel sustantivo, y nos faltan las líneas para especular en torno a los pensamientos de Carlino si hubiera experimentado la realización de su fantástica atemporalidad— hallaríamos más literatura en las "misiones que no pued[e] hacer públicas", Nievo, 2008, p. 905; en lo que no puede aclarar, o sea, narrar, Nievo, 2008, pp. 867, 883; en las incertidumbres, las actitudes proposicionales difusas, "*credo che... mi pare...*", Nievo, 1952, p. 812; en las elipsis que fagocitan grandes años; en los relatos del relato, nuevas perspectivas con sus sugerencias de que el cuadro nunca estará completo, Nievo, 2008, pp. 988-990: la posterramente celestial Pisana de Carlino es, para otros, "la hermanita, que no tenía [...] la más mínima disposición para hacerse monja"). Escaso y no confiable, pues, el "realismo". Pero pretender que Carlino (y Nievo) compongan mediante y no a pesar de la amnesia y la agnosia es desear que sean Svevo. O Modiano.

¿Buscaremos entonces la felicidad en la conciencia (1099)? Zeno Cosini prueba lo contrario en *La conciencia de Zeno*, y la iteración de iteraciones de la que no logra escapar, además del juego nominalista con las paradojas eleáticas, hace pensar en lo que el hegelianismo denominó "infinito malo", la repetición sin fin, la aproximación asintótica, es decir, la meta inasequible. Los eslabones de la cadena nieviana. Las olas. ¿Y el mar? Con la conciencia cósmica, transpersonal, ocurre lo mismo: mero pasaje de cargas, de responsabilidades, de ideales que pueden ser fatuos o vacuos y de verdades que, como sus portadores, se arruinan al nacer. Sicilia, "la Toscana de la Italia del Sur" (911), pone en la arena literaria otra noción de infinito. De la plenitud y la autopoiesis eterna de dantesca prosapia se pasa a la vacuidad oriental. No exageramos.

Carlino no admite que un telurismo fatal determina la región (“Del Norte al Sur de esta pobre Italia no somos tan distintos como se nos quiere hacer creer”, 771). El pueblo rural, “*il volgo compagnuolo*”, está en una “*ostinata apatia*”, “*segue svogliato il progresso delle menti elevate*”. Pero ecco il toccasana, que ya conocemos:

*Le nazioni sono compagini d'uomini; risorgono le nazioni quando risorge uno per uno a virtù ed a civiltà, a concordia di voleri la maggioranza degli uomini che le compongono. La parte intelligente non può redimere col sangue la parte ignorante; deve anzitutto redimerla colla giustizia e coll'educazione. Ecco il sacrificio incruento ma più lungo e paziente che si richiede ora all'intelligenza italiana* (Nievo, 1952, p. 1078).

—Las naciones son conjuntos de hombres; las naciones resurgen cuando resurge uno por uno a la virtud y a la civilidad, a la concordia del querer, la mayoría de los hombres que las componen. La parte inteligente no puede redimir con la sangre a la parte ignorante; debe redimirla ante todo con la justicia y la educación. He aquí el sacrificio incruento, aunque más largo y paciente, que se le exige ahora a la inteligencia italiana [traducción nuestra]—.

¿Carlino? No: Nievo (Nievo, 1952, p. 1078: *Frammento sulla Rivoluzione nazionale* [1859-1860]. La carga política de este panfleto sería, en opinión de Asor Rosa, aún más importante que la de la novela, y el texto convertiría a su autor en “una de las mentes con un pensamiento más agudo de la época”, Asor Rosa, 2011, p. 195).

Me adelanté a una generación, y lo digo sin soberbia. Lo que yo veo ahora muchos lo verán más tarde, y finalmente todos. La concordia [de los pensamientos] conduce a la concordia [de las obras]; y la verdad no declina jamás, sino que siempre asciende hacia el mediodía eterno. ¡Todo espíritu visionario que se remonta hasta allí arriba resplandece [“a”, y no “como”, según la opción de Monreal] cien otros espíritus con su luz profética! (Nievo, 2008, p. 866; Nievo, 1952, p. 693).

*La concordia dei pensieri mena alla concordia delle opere; e la verità non tramonta mai ma sale sempre verso il meriggio eterno. Ogni spirito veggente che sale lassù risplende a cento altri spiriti colla sua luce profetica!*

¿Nievo? No: Carlino (Nievo, 2008, p. 866; Nievo, 1952, p. 693).

Ambos textos circularían mal en el Sur, su ejemplo no podría germinar. Si deseáramos comprender los motivos que Nievo clasifica sumariamente habría que apelar a la narrativa de un Verga, quien no desdeñará adentrarse en *il volgo* para extraer de allí materia y forma (cuánto debe a la *impersonalità* la voz común de los “todos” que son “nadie” es algo que se destaca fácilmente al iniciar con *Malavoglia* el ciclo por siempre y atinadamente inconcluso de *I vinti*, los vencidos

con los que Verga, partiendo de los pobres para nunca llegar a los nobles y a los estetas decadentes, quiere estudiar el combustible y los desechos del avance de la vida). Pero oigamos al Príncipe en diálogo con el funcionario piemontés que cree en el cambio, el progreso y la liberación por la acción:

En Sicilia no importa hacer las cosas bien o mal: el pecado que nosotros los sicilianos no perdonamos nunca es simplemente el de hacer [no necesitamos reenviar al lector al pasaje de Sciaralla]. Somos viejos, viejísimos [*vecchi, vecchissimi*; en las antípodas de la "*gioventù della mente*", Nievo, 2008, pp. 832 y ss.]. Estamos cansados y vacíos [*stanchi e svuotati*]. [...] El sueño es lo que los sicilianos quieren, y ellos odiarán siempre a quien los querrá despertar [...]. Tengo muchas dudas de que el nuevo reino tenga muchos regalos para nosotros en la maleta [...]. Todas las manifestaciones sicilianas son manifestaciones oníricas, nuestro aspecto meditativo es el de la nada que quiere escrutar los enigmas del nirvana [*quello del nulla che volesse scrutare gli enigmi del nirvana*] [Carlino, en cambio, será italiano, pero nunca siciliano: "Más vale la fe, aunque ignorante, que la nada vacía y silenciosa, *il nulla vuoto e silenzioso*"; Nievo, 2008, pp. 102-103; Nievo, 1952, p. 72]; las novedades sólo nos atraen cuando están muertas, incapaces de dar lugar a corrientes vitales; de ahí el increíble fenómeno de la formación actual de mitos que serían venerables si fuesen antiguos de verdad, pero que no son otra cosa que siniestras tentativas de zambullirse en un pasado que nos atrae solamente porque está muerto (Tomasi di Lampedusa, 2004, pp. 205-207; Tomasi di Lampedusa, 1967, p. 122).

La fe de Pisana, entonces, no se esparce. El pronóstico médico e histórico de una futura diástole tras la sístole resultó asimismo errado. Los textos citados aquí hablan de una entropía y, por lo tanto, de un violento revés para los ideales de Carlino-Nievo en la historia literaria y extraliteraria. Incapaz de entroncarse en lo fáctico *pero* sí en lo conceptual con la tradición literaria (y es con literatura que Italia justifica y fortalece su unitarismo, Dionisotti, 1967, pp. 26-27), la gran novela de Nievo queda como el último monumento de una fuerza estética y política que pasaría a ser disonante en lo fáctico y en lo conceptual respecto a las producciones ulteriores. El filón literario meridional y la región misma atestiguan el fracaso que acompaña a la búsqueda de sentido. La homología cósmica que esa novela expresa y que la justifica quizá aclare, *a contrario sensu*, una ubicuidad sobre la que no nos extenderemos aquí, pues es hora de aceptar y de responder a la interpelación del narrador, siendo como es este texto que culmina un efecto algo exangüe del suyo. *Noi e voi*. Nuestra aceptación resignada de esa derrota y el intermitente beneplácito que nos provoca son a la vez el juicio que tenemos sobre el escritor de *Confesiones* (Carlino y Nievo) y la indignidad que nos constituyeϕ

## REFERENCIAS

Asor Rosa, A. (2011). *Historia de la literatura italiana*, volumen 3. Buenos Aires: Asociación Dante Alighieri.

Cioran, E. (2005). *Desgarradura*. Buenos Aires: Tusquets.

Dionisotti, C. (1967). *Geografia e storia della letteratura italiana*. Turín: Einaudi.

Febo, M. (2013). *Pisana e le donne delle Confessioni di Ippolito Nievo*. Venecia: Università Ca' Foscari Venezia.

Flora, F. (1953). *Storia della letteratura italiana*, volumen 4. Milán: Mondadori.

Iliescu, N. (1960). "The position of Ippolito Nievo in the nineteenth-century italian novel". *PMLA*. Volumen 75. (3), pp. 272-282.

Nievo, I. (1952). *Opere*. Milán, Nápoles: Ricciardi.

Nievo, I. (1995). *Antiafrodisíaco para el amor platónico*. Madrid: Valdemar.

Nievo, I. (2004). *El gatopardo*. Buenos Aires: Losada.

Nievo, I. (2006). *Viejos y jóvenes*. Madrid: Gredos.

Nievo, I. (2008). *Las confesiones de un italiano*. Barcelona: Acantilado.

Pirandello, L. (1918). *I vecchi e i giovani*. Milán: Treves.

Pirandello, L. (2006). *Viejos y jóvenes*. Madrid: Gredos.

Tomasi di Lampedusa, G. (1967). *Il gatopardo*. Milán: Feltrinelli.

Tomasi di Lampedusa, G. (2004). *El gatopardo*. Buenos Aires: Losada.